



La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

LUZ Y SOMBRA

Hasta los periódicos más liberales rinden justo tributo al Párroco de Argés, sublime víctima de la caridad cristiana sacrificada voluntariamente junto al techo de sus feligreses atacados del cólera. La muerte de este sacerdote ha dejado una estela de luz a cuyo resplandor pueden ver los enemigos de las sotanas lo que son estas cuando llega la hora de los grandes sacrificios.

Más ¿quién era el Párroco de Argés? He aquí como lo pinta un periódico clerófono,

"D. José Sánchez Illescas era fraile franciscano en uno de los conventos de Madrid el año 34. Cuando sus demás compañeros tuvieron noticias de la escitación que contra ellos reinaba y que varios conventos habían sido asaltados por el pueblo todos trataron de ponerse en salvo huyendo apresuradamente. Solo el entonces fray José, que hace pocos días rendía su alma en aras de la caridad se negó a salir y vistiéndose fue a encerrarse en su celda dispuesto a afrontar con el sacrificio las populares iras. Por fortuna nadie le molestó y a poco, cediendo a instancias del rector y otras personas salía de Madrid dirigiéndose a su pueblo natal, Orgaz."

"El Sr. Sánchez Illescas ha muerto a la edad de setenta y dos años. En Argés, Illescas y Orgaz, donde ha residido, deja los más dulces recuerdos por sus virtudes."

"Hay en Illescas una pobre anciana de setenta y seis años, casi ciega que es hermana suya y a la que sostenía a espensas de su modesto sueldo."

En efecto el señor Sánchez era un virtuoso párroco que con los siete reales y dos monedas de perro que a los de su clase dejaron las reformas liberales, mantenía a su hermana ciega, y aun hacia obras de caridad que han dejado dulces recuerdos.

Era un héroe.

Más estos héroes, no escasean entre la clase. Como el señor Sánchez, han muerto víctimas de su amor al prójimo el hermano Domingo terciario de San Francisco, el hermano Benito de la misma orden, y las hermanas de la caridad Sor Catalina Frutos, y Sor Carmen Selles.

Además, el primero que acudió al socorro de los coléricos de Argés a penas se presentó la peste en aquel lugar, fue el cura de Covisa D. Aniceto Hernández, y los que más se han distinguido durante la terrible lucha, han sido el sacerdote D. Pedro Martínez Conde que voluntariamente vino a encargarse del curato en los momentos de mayor peligro, el P. Eduardo Domínguez, religioso hospitalario de San Juan, Antonio Savall, hermano de la misma orden, Federico Tuya pobrecillo sacristán, la hermana de caridad Sor Feliciano Casado, el beneficiado de Badajoz D. Antonio Sala y el presbítero D. Joaquín Lamadrid que desde Toledo hizo el viaje a pie por llegar antes al punto infestado a dar rienda suelta a su celo y a su caridad.

He aquí lo que es y para lo que sirve esa jente de hábito y de sotana, tan aborrecida de los partidarios de la *fraternidad universal*.

Pero ya que hablamos de fraternidad volvamos la hoja y después de admirar la que abrigan en su corazón los hijos de la cruz, veamos la que gastan los *hermanos del triángulo*.

Un periódico parisien pasando revista a las facturas que han cobrado las principales modistas de París durante el año último, afirma con datos auténticos, que las nueve primeras artistas en perifollos de la vecina república *democrática*, hacen trajes cada año por valor de veinticinco millones de pesetas.

El *modisto* cuya reputación es en París más antigua para los trajes de baile, ha llegado a recaudar hasta veinticuatro millones de reales.

Entre cinco *costumiers* que se dedican a trajes de calle para señoras, recogen por valor de cuarenta millones.

Y en fin, un *marica* que hay en aquella nueva Sodoma dedicado a cortar tragecitos de viaje y de amazonas a las matronas de la república, recauda muy cerca de ocho millones.

Por aquí podrás sacar, oh pueblo candoroso, lo que aprovechan las formas republicanas para entronizar en el mundo el reinado de la caridad *fraterna*.

Desengáñate; la caridad es hija del cielo y no de las formas de gobierno.

¿Tienes sinó una república democrática y anticlerical hasta la pared de enfrente, con su bandera tricolor, su gorro frigio, sus escuelas laicas y sus leyes ateas, donde el pueblo se rae la miseria con una teja, mientras las esposas de aquellos patriotas que antes cantaban la marselesa con el pantalón roto por la irasera, consumen cada año en pingos y cintajos la fortuna de centenares de familias. Y esto solo es el principio, pues el lujo y la vanidad democráticas aumentan de tal modo que no se sabe a donde llegarán. Señoranga republicana hay ya en Prus que gasta zapatitos de oro de tan subido coste, que pondrían los pelos de punta al mismísimo Crespo si levantara la cabeza para verlos y no estuviera calvo.

Pues respecto a España, no hace muchos años, (diez justitos después de la gloriosa Septembrina) un liberal de tomo y lomo, D. Andrés Mellado, escribía en *La América* estos parrafitos.

Mientras se hallan "paralizados los artefactos de Alicante, cerradas más de cincuenta fábricas de Cataluña, detenidas las obras del ferrocarril del Norte que debían proporcionar jornales a 3,000 obreros sin trabajo, mientras se hallan esquilados los campos del laborioso agricultor por la sequía y sus arcas por las contribuciones... Madrid, en cambio, está engalanado con su traje de fiesta, con sus vestidos cortesanos, y al llegar la noche, miles de luces proclaman la alegría de la elegante multitud congregada en cafés y teatros. Inauguradas las tareas del Español, del de Apolo, del de la Comedia, y de otros coliseos de segundo orden, próximas a abrirse las puertas del Real en el que ríos de oro y perlas van a sumirse cayendo brillantes en una cascada de orientales fastuosidades, no es Madrid, no, la capital de las castillas harapientas, de la Cataluña arruinada, de la Andalucía sin pan, de la Galicia sin horizontes de vida, sino la corte de un reino fantástico, de un territorio de las mil y una noches habitado por felicísimo vecindario y en el que la frase del dolor, las protestas de las víctimas, las maldiciones de la miseria, el horrendo baladre que todas las justicias vejadas lanzan a la humanidad, no se oyen ni como eco lejano."

Muy bien D. Andrés, pero a quien

vamos á pedir justicia contra esta sordera? ¿No estamos ya en plena revolución gloriosa? ¿No han regido ya á España y aplicádole sus cataplasmas filosóficas los más célebres Dulcamaras de la moderna democracia? pues ¿cómo apesar de tantos progresos aun andamos tan atrasados de igualdad y fraternidad? ¿Como es que en vez de llover panecillos y repartirnoslos como buenos hermanos, estamos á punto de que lluevan chuzos y de arrancarnos unos á otros la carne con las uñas?

¡Ah! se dirá tal vez que España es un país fanático; pues trasladémonos á Italia á ver si el pueblo lo pasa allí mejor.

Aquel país conquistado por Garibaldi y administrado por Crispi, debe estar ya nadando en la abundancia. Allí donde los curas han sido arrojados de todas partes y el liberalismo ha arrancado á la Iglesia hasta el último centímetro de los bienes de los pobres para administrarlos él; el pueblo debe ser muy feliz.

Oigamos lo que dice el mismo pueblo para asegurarnos más.

Días pasados en Milan, en una reunión obrera, un orador socialista se expresaba de este modo:

“¡Ah! los bienes de los sacerdotes eran, al fin bienes al alcance de todos; los pobres tenían en ellos parte, y nuestros hijos indistintamente podían aspirar á ellos. Para todos hallábanse abiertas las puertas de los Seminarios, de los conventos y de los monasterios; para todos eran los concursos á las prebendas. Los capitalistas burgueses se han apoderado de los bienes de los sacerdotes, se han hecho, con los mismos, preponderantes en el comercio y en la industria, proclamando que la caridad envilece; han cerrado sus cajas, cuyas llaves no pueden abrir, si no son untadas con nuestro sudor y nuestra sangre. Sin duda la clase de los proletarios tiene derecho á reclamar con todos los medios los bienes de los sacerdotes, que son bienes de los pobres, pidiéndolos á los burgueses. Ascenden casi á 1.000 millones, distribuidos en las cajas de los diputados, de los senadores, de los ricos, de nuestros tiranos.

Están ahora consignando á los burgueses 2.000 millones, que son el patrimonio de la beneficencia, y por consiguiente, patrimonio nuestro. Con la excusa de modificar su administración, los burgueses hincan las uñas en este patrimonio; nada recibiremos nosotros, marcados por los burgueses como réprobos. Para nosotros, las balas de plomo. La clase media quiere administrar los 2.000 millones por sí; de manera que sólo la fiscalicen otros burgueses. El pueblo queda excluido, y excluido queda el Párroco; el cual, debemos decirlo, comparado con el burgués, debe ser

calificado de honrado é imparcial.

Ciudadanos, debemos aplicar á los burgueses las medidas que los burgueses han aplicado á los sacerdotes; queremos vivir, y queremos una equitativa distribución de bienes. El banco y la caja del capitalista burgués no son más respetables y sagrados que el altar y la caja del sacerdote. Cuando veo un rico gordo, con la piel lucida y estirada, que goza, pienso que aquel burgués enseña que debemos formarnos el paraíso sobre la tierra, y que no existe nada, una vez hallamos muerto; pues bien, tomemos la palabra del burgués y procuremos nuestro paraíso. El burgués feliz se opone; recurramos á la fuerza, y venceremos.—¿Qué diferencia encontráis entre un redondo Canónigo de la catedral y un petulante burgués, que come y bebe á nuestras espaldas?—Yo prefiero al Canónigo, que al fin no nos explota y nada nos ha robado.

Hoy han enviado contra nosotros carabineros y agentes de policía: ¿por qué? Porque queremos parte del dinero burgués, como los burgueses se apoderaron del dinero de los sacerdotes. Entonces la fuerza del gobierno estaba toda en pró de los burgueses, y los carabineros entraban en los conventos; hoy los carabineros nos asaltan á nosotros, por que seguimos el ejemplo de los burgueses y del gobierno....”

Confesamos que el cuadro es fuerte y está cargado de color, pero encierra verdades que á más de cuatro progresistas le pondrán la carne de gallina.

¡Cómo ha de ser! donde las dan las toman.

Se ha dicho que el pueblo tenía cerrados los ojos, pues ya los va abriendo y empiezan á distinguir las sombras de la luz.

¡Ojalá acabe de distinguirlas y de comprender que solo en la Iglesia Católica donde hay curas como el de Argés puede encontrar el pueblo el remedio de sus desdichas, porque solo donde hay fe es donde puede haber verdadera fraternidad.

A. C y G.

CONFIRMACION

HISTORIA

DE UN HECHO CÉLEBRE DE MONSIEUR GERL
CURA DE HORTIES

Un terrible combate se libraba á algunas leguas del pueblo de Horties; el ruido llegaba confusamente, sobresaltando á todo ser viviente. La metralla desgarraba el aire, el cañon despertaba los ecos y en lontananza se distinguían las humaredas de la pólvora.

El cura estaba en la iglesia, rogando por la madre patria. A su alrededor, con la frente en tierra y pálidos de terror, se encontra-

ban los vecinos suplicando á Dios que les protegiera.

El ruido de los clarines y trompetas se oyó al mismo tiempo que algunas sombras se deslizaban por el valle corriendo á la batalla. Su número era grande y precipitaban el paso para llegar á tiempo.

Los alemanes querían tener su parte de presa, ya que llevaban el hierro y bronce para destruir á los franceses. Sus soldados eran ya tres contra uno y era preciso ser más numerosos todavía.

Antes de entrar en el círculo de fuego, reunieron todas sus fuerzas haciendo alto en la enercujada de Chataigniers. Una línea de centinelas protegía un reposo que debia de ser corto.

Por muy próximo que estuvieran estos centinelas, no pudieron impedir que dos jóvenes se deslizaran entre los espinos, se acercaran sigilosamente y tirasen sobre los alemanes.

Sonaron cuatro tiros y se vieron á dos jóvenes saltar como ciervos y meterse en un campo de trigo. Veinte balas silbaron á sus oídos, pero no se encontró en tierra ni una mancha de sangre. Muchas veces en su carrera habian sido vistos; pero, eran muy jóvenes, ágiles y valientes y lograron huir. Debemos añadir que tiraban hábilmente porque tres prusianos rodaron por el suelo heridos en el pecho, la cuarta bala fué á coronar el águila de dos cabezas que adornaba la placa de un casco de oficial.

—Fusiles de caza de dos tiros, dijo este oficial.

Entonces un destacamento de soldados alemanes se dirigió al pueblo; al entrar cogieron á los primeros seis vecinos que encontraron y los llevaron á la alcaldía. El jefe del destacamento dijo al alcalde: “V. es aquí la primera autoridad, y vengo en nombre de mi augusto soberano á decirle que han sido muertos algunos alemanes cerca de vuestro lugar, y siendo sus habitantes los más cercanos al lugar del suceso, ellos son responsables. Es preciso, pues, que se nos entreguen los culpables ó seis vecinos serán fusilados. Dad vuestras órdenes, que yo esperaré hasta mañana á las once. Debiendo tener lugar la ejecución al mediodía, no tenéis tiempo que perder; entre tanto el pueblo quedará ocupado militarmente y guardaré los seis primeros.”

Es imposible describir la desolación de la pobre gente del pueblo. Las mujeres gritaban con desconsuelo; los hombres querían huir, pero los alemanes los guardaban con cuidado. Se reunieron todos los vecinos y convinieron que la suerte designaría las víctimas.

Los que habian tirado á los alemanes no pertenecían al pueblo, sino que venían siguiendo á la columna prusiana para escoger el momento favorable de la venganza. Puede ser que su padre hubiera sido asesinado, su madre muerta de dolor, y su casa incendiada!

El día se pasó entre discusiones, gemidos y desesperación.

El alcalde, el cura M. Gerl, y dos ancianos más, ya octogenarios, suplicaron vanamente al oficial prusiano que les perdona; se le probó que los del pueblo no habían tomado parte en aquella traición; las mujeres lloraban á sus pies. Todo fué inútil. El capitán hacia ejecutar la consigna con extrema exactitud y fría cortesía, pero sin cólera y sin injurias.

Los seis desgraciados que la suerte había designado fueron entregados á las cinco de la tarde y encerrados en la sala de la escuela en el piso bajo de la alcaldía.

El oficial prusiano autorizó al cura para que les llevase los consuelos de la religión. Tenían las manos atadas á la espalda y una misma cuerda unía los pies de todos.

El sacerdote encontró á estos hombres en tal estado de postración, que apenas comprendían sus palabras. Dos de ellos parecían desvanecidos, otro era presa de la fiebre y del delirio. Al extremo de la cuerda con la cabeza erguida y la frente serena en apariencia, había un hombre de unos cuarenta años, viudo, y padre de cinco pequeños niños, de los que era el único sostén.

Al principio escuchó con resignación las palabras del sacerdote; pero desesperado luego prorrumpió en las más horribles imprecaciones. Maldecía á la naturaleza entera. Pasando del despecho á la ternura, lloraba por sus hijos que quedaban expuestos á la mendicidad, y tal vez á la muerte. Entonces quería que sus cinco hijos fuesen entregados con él á los prusianos; y con risa sarcástica exclamaba: "Sí, Bernardo, el pequeño de tres años es el que ha tirado contra esos miserables."

Todos los esfuerzos del sacerdote fueron inútiles para llevar la paz al corazón de aquella alma desesperada. El cura salió y marchó lentamente hacia el cuerpo de guardia donde se encontraba el oficial. Este fumaba en una gran pipa de porcelana. Escuchó al cura sin interrumpirle, dejando entre tanto, escapar de sus labios ligeras humaredas del tabaco.

— Señor capitán, dijo el cura; se les ha entregado á VV. seis rehenes que dentro de pocas horas serán fusilados. Ninguno de ellos ha tirado sobre vuestros soldados. Habiéndose escapado los culpables, vuestro fin no es más que presentar un escarmiento á los habitantes de otras localidades. Poco os puede importar fusilar á Pedro ó Pablo, ó Juan ó Santiago. Además que cuanto más conocida sea la víctima, más saludable será el ejemplo. Vengo, pues, en consecuencia, á pedirle á V. el favor de que me permita ocupar el lugar de un pobre padre de familia cuya muerte hundirá en la miseria á cinco pequeños. El y yo somos inocentes, pero mi muerte aprovechará más que la suya.

— Sea, dijo el oficial.

Cuatro soldados condujeron al cura á la

prisión, donde fué atado con las otras víctimas.

El padre de los cinco niños abrazó á su cura y corrió á su casa para consolar á sus hijos.

No pintaremos las agonias de la noche. Solo diremos que cuando el día apareció, el cura había reanimado el espíritu de sus compañeros de infortunio. Estos infelices antes embrutecidos por el temor se habían transformado en gloriosos mártires, sostenidos por la fé cristiana y la esperanza de una vida eterna.

A las once una escolta esperaba á la puerta, y los prisioneros se pusieron en marcha. El cura iba á la cabeza recitando el oficio de difuntos. Por el camino los vecinos arrojados dirigían á su Pastor una última mirada.

Se acercaban al lugar de la ejecución cuando un oficial del estado mayor prusiano que pasaba con sus ordenanzas se detuvo.

El cura le había llamado la atención. El capitán le explicó la cosa, que no pareció al superior tan natural como á su subordinado. Mandó suspender la ejecución y dirigió una información al general. Este hizo comparecer al sacerdote.

La explicación fué corta. El general era un hombre de corazón que lo comprendió todo y dijo al cura: "Señor, yo no puedo hacer una excepción en favor de V. y sin embargo no quiero que V. muera. Vaya V. y diga á sus feligreses que por V. perdono á todos. Pero que sea la primera y última vez."

Cuando el cura hubo salido, dijo el general á los oficiales testigos de esta escena: "Si todos los franceses tuvieran el corazón de este sencillo sacerdote, no estaríamos mucho tiempo á este lado del Rhin."

General Ambert.

VARIEDADES

Siguen los héroes

En Tarragona ha reinado una epidemia de difteria, y no habiendo en el pueblo de *Burín* ningún médico, un sacerdote católico Mr. Walsk, ha limpiado con sus propias manos las gargantas de cuarenta enfermos de los cuales uno solo ha muerto. En cambio este digno sacerdote ha sucumbido víctima de su heroísmo.

El Cura de Totalon (Málaga) ha ofrecido su casa para hospital de coléricos en el desgraciado caso de que la epidemia visite aquel pueblo, comprometiéndose además á suministrar medicinas, alimentos y todo lo necesario á los enfermos pobres.

El presbítero D. Juan de Dios Moncós, fallecido últimamente en Valencia, y cuya caridad era inagotable, ha donado toda su fortuna, según testamento de mayo del 88, á los asilos y obras benéficas que había fundado. Dedicó para el sostenimiento de una casa colegio en Godalla, la cantidad anual de

10.000 pesetas, para las escuelas de Ruzafa 5.000, y así hasta agotar por completo todo su haber.

La benéfica Institución de los Hermanos de San Juan de Dios de Valencia prospera de día en día y está dando resultados excelentes.

El Asilo en que se recogen y educan niños raquíuticos y escrofulosos se halla en el callizo de Santa Mónica, alojando crecido número de enfermitos, algunos de ellos de tierna edad. Como el actual Asilo es estrecho para dar cabida á tantos niños como lo solicitan, los Hermanos de San Juan de Dios contando con el caudal inagotable de la caridad, han adquirido un extenso solar junto al óvalo del camino del Grao. Uno de estos días se firmará la escritura, inmediatamente comenzarán las obras, para las que cuentan los Hermanos con importantes ofrecimientos para llevarlas á cabo.

Al efecto, el Barón de Campo-Oliver ha ofrecido para dichas obras toda la piedra que se necesite, y la señora viuda de Ilario, ha ofrecido también la madera necesaria para hacer la empalizada que ha de cerrar el solar.

El Cardenal Lavignerie ha fundado últimamente en la alta Argelia, en Biska, una casa de Hermanos de Sahara, en la que los esclavos fugitivos encontrarán un asilo y los negros de Sahara un hospital en el que serán asistidos gratuitamente. Al propio tiempo, el Cardenal Lavignerie hace instruir en la isla de Malta á algunos negros para convertirlos en médicos, y unos cuantos de ellos después de haber terminado sus estudios, han salido ya para el África central, bajo la dirección de un vicario apostólico francés.

Así responde el catolicismo á todos los que le calumnian.

Día llegará en que el pueblo le conozca y conozca también á sus enemigos.

VIDA Y MUERTE

Vivir soñando un cielo de ventura,
ver la luz de un radioso porvenir,
desconocer del mundo los dolores;
eso es vivir.

Vivir llevando el corazón helado,
sin fé, sin esperanza y sin sentir,
sino un horrible caos dentro del alma;
eso es morir.

Vivir gozando la inefable dicha
de al que sufre vivir, con él sufrir,
y practicar la caridad sublime...
eso es vivir.

Vivir corriendo en pos de las pasiones,
ante ellas doblando la cerviz,
y deshojar de la ilusión las flores;
eso es morir.

Vivir hollando de virtud la senda,
de la inocencia al dulce sonreír,
conservar del espíritu la calma:
eso es vivir.

Vivir llevando revestido el pecho
de fúnebre crespon, y paz mentir,
fingiendo ante los otros alegría:
eso es morir.

Vivir sufriendo esa perpétua lucha
que al corazón virtuoso hace gemir,
ganando al fin la palma de victoria:
eso es vivir.

Vivir de la ambición bajo el dominio,
vivir sin darse cuenta de vivir,
no teniendo más dios que el egoísmo:
Eso es morir.

Cecilia S. C.

DOCUMENTOS

QUE NOS REMITE UN SACERDOTE
PARA SU PUBLICACION



He recibido de D. José Estevez, Presbítero del Oratorio y residente en Sevilla, la cantidad de doscientos reales que me los entrega por encargo de otra persona que me los debía y le comisionó para que me los reintegrara.

Potes (Santander) Julio 15 del 88.—*Julian Santidrian*.—Son rs. vn. 200.

Hemos recibido del Sr. D. Juan Bautista Fernandez Presbítero, la cantidad de mil reales vellon que ha dicho Sr. le han sido entregados bajo palabra de confesion y en calidad de restitucion y para que conste la damos el presente en Sevilla á 13 de Agosto 1890.—Son Rs. 1000 Efos.—*Garcia Hermanos y Zabala*.

Si los partidarios del librepensamiento tienen otros documentos parecidos á estos, pueden mandárnoslos.

Pero ¡cál... no los mandarán. Eso de devolver lo robado solo se vé en la Iglesia de Dios.

Educacion de lobos

El municipio del distrito 18.º en Francia tiene por costumbre distribuir todos los años un premio el 14 de Julio á los niños de las escuelas láicas. En el actual todos los laureados han recibido como premio, un libro impio. Con estos catecismos enseñan los láicos á los niños los deberes para con Dios, para con la sociedad y para consigo mismo; ¡qué extraño es que salgan luego de las escuelas los hijos del pueblo hechos unos criminales y que vayan á morir á los patibulos.

Eso debe el pueblo á los que se llaman sus amigos.

Educacion cristiana

A propósito de la educacion cristiana, Mr. Rabeau, en su magnífica obra *Paris en 1789*, despues de indicar que en aquel tiempo la

capital encerraba en su recinto trece abadías y cerca de doscientas comunidades religiosas, y de hacer notar que sin ministerio de Instrucción pública, ni *presupuestos de enseñanza*, la instrucción y la beneficencia se hallaban entonces muy florecientes; hace ver palmariamente la inferioridad y decadencia del Paris actual.

En 1789 habia un alumno por cada 120 habitantes; en 1889 uno por 212.

Hoy los liceos solo cuentan con 524 estudiantes con plaza dotada; cien años há cobijaban á 1246.

En 1789 habia 2000 externos que recibían la instrucción gratuitamente.

Esta decadencia se debe única y exclusivamente á la revolucion: antes del liberalismo, las ciudades y los pueblos y las aldeas se veían rodeados de menos nieblas que en estos tiempos del gas y de la electricidad, hoy se habla mucho de *instrucción* y de *progreso* pero el crimen aumenta y la ignorancia se extiende por todas partes.

Confesion de parte

Un periódico socialista de Bélgica, hablando de los fatales resultados de las escuelas *láicas* establecidas por la masoneria, dice.

“En las escuelas municipales aprendimos á repetir aquello de... los *crímenes* de la Inquisicion, la *licencia* y *libertinaje* de los monjes en los siglos medios, la *barbarie* de la Iglesia católica; nos enseñaron á ódiar la Religion; renunciarnos á toda idea de dicha sobrenatural; ¿á qué maravillarse, pues, de que los alumnos de nuestras escuelas y patronatos hayan salido indóciles é insubordinados?”

Nótese que es un periódico socialista quien esto escribe; cuando él lo dice...

PENSAMIENTOS CRISTIANOS

AGUARDAD TODOS LOS DIAS ALGUNA
DECEPCION, PERO ESTAD
TRANQUILOS.

Esperimentar decepciones en la vida no debe asombrarnos más que *dar un mal paso* en un camino desconocido y poco alumbrado. El alma a quien ha hecho fuerte el habito de cumplir su deber, halla en sí recursos suficientes para consolarse de las decepciones que la entristecen y reponerse despues de una sacudida que la ha conmovido.

Sufrir un *dolor físico* es una consecuencia de nuestra organizacion; sufrir un *dolor moral* es consecuencia de nuestra situacion de desterrados, en camino hacia la patria, en donde no habrá ni separacion, ni decepcion, ni angustias.

Esos dolores, los morales sobre todo pueden arrancar lágrimas, pero no son

capaces de quitar la calma y la resignacion ni de *dar realmente pena*; porque la pena es la perturbacion, es el desorden: es el anonadamiento, es el abandono del deber. Pues qué, sabiendo que el dolor que me desgarrá en este momento está medido por Dios; sabiendo que tiene la mision de curar llagas que me son quizá desconocidas y que me matarian; sabiendo que ha sido preparado en el cielo... ¿habria yo de rechazarle como importuno y cruel?

¡Oh dolores, oh humillaciones que os mostrais tan terribles y tan abrumadores!—exclamaba un Santo en un cántico que su corazón, abrasado de amor, hacia subir hasta el cielo:—¡oh dolores! ¡oh humillaciones! ¿de dónde venis?—Venimos de Dios.—¿De Dios? ¡Ah! ¡sed bien venidos! Dolores, humillaciones, yo os amo.

Sin esperanza y sin amor, estas palabras no pueden ser comprendidas.

Hojas de un libro publicadas por La Semana Católica de Madrid.

BIBLIOGRAFIA.

DICCIONARIO APOLOGÉTICO DE LA FÉ CATÓLICA; contiene las pruebas principales de la verdad de la religion y las respuestas á las objeciones sacadas de las ciencias humanas por J. B. Jauguey. Hemos recibido el cuaderno cuarto de esta excelente obra que publica la Sociedad editorial de S. Francisco de Sales.—Los pedidos á D. Antonio Quilez,—Bolsa 10, Madrid.

INFLUENCIA DE LA PRENSA PERIÓDICA EN LA CULTURA É ILUSTRACION DE LOS PUEBLOS. Monografía distinguida con mencion honorífica en el certamen celebrado en Alicante el día 7 de Agosto de 1880.—Se halla de venta en las principales librerías.—Precio, 0'25 de peseta.

Igualmente debemos hacer mencion de la obrita titulada: TRES NIÑOS ADMIRABLES, Jose D.***, Alejandro Bercio y S. Pelayo, Martir, que nos ha remitido la administracion de “El Mensajero”, calle de Ayala (ensanche, Bilbao.

Recomendamos á nuestros lectores la adquisicion de dichas obras.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede leerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.